

PQ 6171

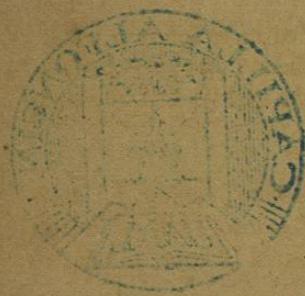
.A2

B5

v. 71



BIBLIOTECA



IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y COMPAÑIA (SUCESESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.— Calle del Duque de Osuna núm. 3.

NOTICIA BIOGRÁFICA

DE

DON MANUEL RIVADENEYRA.

La historia de los pueblos descubre horizontes á la humanidad, la historia de un hombre enseña práctica de la vida. Ambos estudios contribuyen al perfeccionamiento de nuestro linaje: el uno desmoronando preocupaciones nocivas, segando el otro ilusiones que obstruyen el sendero de la vida, uno y otro juntamente nos abstraen de lo material para discurrir serenos en el campo de la razon.

La carrera brillante de los genios que mayor timbre de gloria dejan en el mundo, no suele ser la que más importa estudiar, la más beneficiosa para guía y bondad nuestra, sino que á veces es de más útil enseñanza la azarosa vida de aquellos que de más humildes principios se elevaron en la escala social, intrincado laberinto que nos separa y aísla cual seres distintos agrupados en diversos mundos. Quien muere en la condicion que nace, quien no ha luchado con el hambre y sabido triunfar de las rudas pruebas que lleva consigo, no sabe, no conoce lo que es la vida; dista tanto de conocerla, como dista el que piensa del que no piensa, quien siente, del que no siente. Y como para saber apreciar los bienes de fortuna parece condicion precisa haber carecido por completo de ellos, resulta que sólo el desvalido, que merced á sus aislados esfuerzos conquista bienestar y nombradía, disfruta del envidiable triunfo que le proporciona ir pasando de una á otra esfera social, en cuya difícil peregrinacion adquiere cabal conocimiento de los hombres, que es el conocimiento de la vida, la ciencia de las ciencias.

Á esta categoría pertenece aquel de quien paso á hablar. El público no se interesa por las personas que lo sirven del mismo modo que por aquellas que lo oprimen; creo, no obstante, que acogerá con benevolencia este modesto escrito, triste recuerdo de un hijo á la memoria de su padre.

Don Manuel Rivadeneyra nació el 9 de Octubre de 1805 en Barcelona, capital del antiguo Principado de Cataluña, tierra clásica de caracteres enteros y laboriosos: allí están para atestiguarlo la Expedicion de Catalanes y Aragoneses, allí se encuentra la cuna de nuestro comercio, el foco de nuestra industria.

En todos los países, por causa de las migraciones y conquistas, y porque de la infinita variedad de caracteres deben necesariamente resultar combinaciones paralelas ó semejantes,

existen hombres que parecen extranjeros en su patria, y se hermanan con otros de distintas zonas. Pero el catalan no sólo se resiste á dejar de serlo y adoptar otro dictado, se resiste tambien rozarse con nadie, porque quiere doblegar á los otros, y no se deja doblegar ni por sí mismo; este dicho: «Dios nos libre de un andaluz con caballo, de un gallego con botas y de un catalan con mando», revela, á mi entender, la índole especial de ese pueblo audaz que dominan el orgullo y la ambicion.

De los vicios y de las virtudes que los compensan participaron los antecesores de Rivadeneira, tronco de militares, de éstos para quienes es sagrado el deber. Siendo niño, contemplaba yo el retrato de un capitán de la antigua Guardia Real que existe en el hogar doméstico: «¡Hijo, ése es mi padre! exclamó el que lo fué mio, sólo mirarlo me infunde respeto.» Removiendo otro día un objeto del tocado perteneciente á su madre, dijo: «¡Aquella mujer era un hombre!» Sin duda por semejantes motivos imperaba en él, desde la infancia, tendencia á romper el círculo de voluntades de hierro que lo cercaban, y las revueltas políticas, á la sazón pujantes, secundaron sus designios.

Durante la guerra de la Independencia cayó prisionero mi abuelo D. Cayetano, y sin medios para pagar un bagaje, no sólo atravesó á pié la frontera, sino que tambien tuvo que cargar con su hijo, cuyos pocos años le impedían resistir las fatigas de la jornada. Establecióse orillas del golfo de Gascuña, junto á Burdeos, donde la familia sufrió largos años las angustias de la escasez, circunstancia nada propicia para que D. Cayetano proporcionase esmerada educacion á Manuel; pues aun dirigiendo su atencion al propósito de descubrir aficiones y aptitudes, deber difícil de todo padre, que sin duda por ser difícil atienden pocos, la falta de recursos le impedía poner en práctica sus naturales deseos, y hubo de resignarse á mandar al niño á una escuela gratuita, en la que desde luego reveló extremada memoria. En comprobacion de ello, medio siglo despues se complacia en recitar trozos enteros de Boileau, Racine, Voltaire, Lafontaine, que habia entonces aprendido. Los decia con tal vigor y entusiasmo, que mostraba gusto y sentimiento exquisitos, y no descubriéndolos en mí al par de sus deseos, cuando me obligaba á repetir las mismas composiciones, exclamaba entristecido: «¡No tienes el fuego sagrado!»

Mas como desde luego le estubo vedado dedicarle á ninguna carrera literaria, ántes que los años arraigasen costumbres y hábitos que trascienden á la edad madura, cuando el padecer no es padecer, sino achaque de la vida, cual frio ó calor, D. Cayetano lanzó á la carrera del mar á su hijo, que debió ver en las tempestades el símil de su condicion fogosa, y en el espacio infinito, campo donde correr libremente en pos de esperanzas halagüeñas, grandes como todo lo desconocido.

A bordo de un bergantin se endureció el muchacho en la ruda vida del grumete, y aprendió el pilotaje. Se examinó, y obtuvo el número primero, iba á comenzar su carrera, tenía ya puesto en un buque para América, estaba fijado el día de la marcha, cuando, por circunstancias fortuitas que debieron de ser extraordinarias, el buque no pudo hacerse á la vela, y fracasaron las esperanzas del jóven marino, que no pudiendo avenirse á la espera de una nueva coyuntura, renunció á sus propósitos, y comenzó á aprender el oficio de cajista, en que tanto habia de sobresalir. Así la fatalidad que rige los destinos humanos, precipita al hombre en circunstancias hijas de su propio carácter. No puede sin embargo borrar de nosotros el genio que forzosamente se revela, sople por donde quiera el viento de la fortuna: Rivadeneira hubiera sido marino distinguido, como fué impresor notable, porque tenía facultad para aprender y genio para perfeccionar; tenía ese *quid divinum* con que nacen algunos privilegiados, que aplicado á cualquier oficio, lo trasforma en arte, y aplicado á cualquier estudio, lo hace productivo.

Principió desempeñando las tareas más humildes y penosas que existen en la imprenta, indispensables, segun él, para dominar el oficio; tanto, que al acercársele en Madrid cierto amigo con la pretension de que admitiese á un hijo suyo, como de veinte años, en calidad de

aprendiz, por toda contestacion miró las manos del mozo, y dijo: «Llega V. tarde, ya no pueden encallecerse.»

Dos años ántes de entrar en España los cien mil soldados del Duque de Angulema dejó el destierro D. Cayetano, y volvió á Cataluña. Su hijo, impaciente por ver mundo, fué á pié á Cádiz, donde trabajó de cajista y aprendió el idioma patrio olvidado hacia tiempo por el uso del frances, que hablaba con una perfeccion merecedora de aplauso en la misma Francia.

De Cádiz fué Manuel á Sevilla á trabajar en la imprenta de *El Universal*; pero á poco salió huyendo de las revueltas en que aquella ciudad y toda España hervian, ocasionadas por la conducta del Monarca, que tanto se apartaba de aquella célebre frase suya: «Marchemos todos, y yo el primero, por el sendero constitucional.»

El día 12 de Junio de 1823 salió de Sevilla para Cádiz Fernando VII, acompañado del Gobierno y de la imprenta de *El Universal*. Manuel no quiso agregarse á ella, y marchó á Madrid, á donde acababa de llegar su padre. Muchas veces le he oido referir episodios de aquel tristísimo viaje, en que estuvo á punto de perder la vida, víctima del fanatismo y la ignorancia de algunos realistas, que así tenían conciencia de la idea política como de la religion que hacian encubridora de sus fechorías. Un primo de nuestro insigne poeta D. Juan Hartzenbusch acompañó á Manuel en tan memorable expedicion, y me ha referido aventuras de la misma, que, por ser auténticas y parecerme instructivas, narraré brevemente.

«En la tarde del 12 de Junio de 1823, decia, salimos de Sevilla para Madrid Antonio Hartzenbusch, Lorenzo Queréjaro y yo, dirigiéndonos, *pedibus* andando, por los Caños de Carmona hácia Alcalá de los Panaderos. Dos horas habiamos caminado, cuando vimos delante de nosotros un jóven vestido con casaquilla de barragan claro, pantalon de lo mismo, sombrero de copa, alpargatas, y en la mano un palo. Nos chocó su traje, porque yendo de paseo, como parecia, la alpargata no estaba en armonía con el sombrero; así que, movido de curiosidad, dije á mi hermano: «¡Vaya un modo de pasear que tiene el señorito!—Ese, contestó Lorenzo, va de camino como nosotros.—¡Pues si no lleva más que las alpargatas que lo indiquen!—¡Tampoco, contestó, llevamos nosotros más que una botella! Adelantémonos á ver lo que nos dice.»

»Apresuramos el paso, y puestos al habla, le saludamos, diciendo: «¿Va V. á Madrid?»

»—Sí, señores.

»—Pues nosotros tambien.

»—¿Quieren ustedes que vayamos juntos por no caminar solo?»

»—Con mucho gusto.»

»Discurrimos luego sobre los acontecimientos del día, dímonos á conocer, y aquel jóven dijo llamarse Manuel Rivadeneira, de oficio cajista, que salia de Sevilla oliendo, como nosotros, la chamusquina. Mucho nos alegramos todos de tan casual encuentro, y juntos corrimos la misma suerte hasta Écija, donde llegamos hambrientos, faltos de sueño, y tan rendidos, que despues de cenar resolvimos estrujar la bolsa y tomar un coche hasta el término de nuestro viaje. Manuel no quiso ser de la partida, porque sólo disponia de diez y ocho reales.

»Partimos á las cuatro de la tarde, dejándole, no en estrecha cama, sino en anchuroso pajar. Como á media legua, nos detuvo un hombre que terciaba sobre el arzon de su caballo imponente y desmesurado trabuco, y nos robó cuanto llevábamos, á excepcion de dos onzas que tuve la precaucion de esconder entre el polvo, y recoger cuando se alejó de nosotros el bandido.

»Cerca de La Carolina nos quitaron el coche para servicio de un general frances, y proseguimos en carro hasta Tembleque, adonde llegamos vispera de San Juan. Al ir á refrendar los pasaportes presentóse el Alcalde, y sin atender á razones nos plantó en la cárcel. Ya en ella, se levantó del suelo un preso, y ¡cuál no sería nuestro asombro cuando reconocimos en él á Rivadeneira, que hacia media hora habian metido allí! Faltónos tiempo para abrazar-

nos y contar nuestras peripecias; todavía me parece oír á Manuel refiriendo su paso por Despeñaperros, solo, á la una de la madrugada, y en voz muy baja, las infamias que cometían los realistas con gente indefensa, y el alboroto de los pueblos donde echaban abajo la lápida de la Constitución.

»A las veinticuatro horas nos pusieron en marcha sin permitirnos tomar alimento alguno; mas como la Providencia nunca falta al necesitado, en aquel momento trajeron una gran cazuela de arroz, pan y vino, y preguntando á quién debíamos agradecer tamaño agasajo, contestaron que al escribano del pueblo, pero que por Dios no dijésemos palabra. Restauradas las fuerzas, nos ataron codo con codo varios realistas que conducían veinte milicianos presos á Madrid, asombrándonos que nos hiciesen formar delante y nos tratasen peor que á los demas, pues ni siquiera beber nos permitían, diciendo: «Ya os dará Riego buena agua; » concertad pronto vuestra conspiración negra, que en Dos Barrios dejaréis la piel», y cada apóstrofe iba acompañado de golpes.

»Proceder tan inhumano nacía de que el alcalde de Tembleque había cogido á Manuel su nombramiento de piloto y la copia del testamento de un diputado, escrito muy largo que debía entregar en Madrid, y á mí la licencia absoluta, documentos que consideraba prueba fehaciente de una vasta conspiración. Puso el mamotreto bajo un inmenso sobre dirigido al Comandante de Ocaña, con prohibición absoluta de que ninguna otra autoridad lo abriese. Esta cláusula, y el desmesurado tamaño del pliego fueron parte á que los realistas formasen mil comentarios creyéndonos jefes de una gran conspiración negra que trataba de asesinar al Rey. Así el populacho nos apedreaba al grito de «¡Mueran los negros!»

»Entramos, rendidos de sed y palos, en Dos Barrios; á una vieja que acertó á pasar cerca de nuestro encierro le dió Rivadeneyra la última peseta que traía, suplicándola nos diera un poco de agua. Contestó ella que el agua estaba lejos y cara, y no nos trajo más que un cantarito sin devolver nada de la moneda que había recibido. Principiábamos á sentir los horrores del hambre, cuando dos niños, que junto á la cárcel entonaban la *Pitita*, nos dieron albaricoques y pan, y al poco rato una señora caritativa tuvo la bondad de mandarnos con gran sigilo carne asada, pan y vino, lo cual nos dispuso para resistir nuevos y mayores trabajos.

»Al salir de Dos Barrios hácia Ocaña tuvieron los realistas la ocurrencia de que les sirviéramos de blanco tirando á distancia sobre nosotros, y nos hubieran muerto si la falta de tino no excediera á la compasión. Entramos en aquella ciudad apedreados, insultados y molidos á palos; dióse al Comandante de la plaza el famoso pliego que contenía nuestro proceso, y el buen señor se hizo cruces al ver que en el pliego no había pruebas, ni siquiera leves indicios de conspiración. A pesar de sus razonables órdenes, nuestra suerte empeoró sin embargo, puesto que infirieron una herida á mi hermano Antonio en el costado izquierdo, de cuyas resultas murió más tarde, y á buen seguro que Manuel no lo pasara mejor, si su buena estrella no le hubiese deparado cierto oficial francés, que tomándole por compatriota, logró ponerle á salvo.

»Nuestro paso por Aranjuez fué un verdadero Calvario, y tengo á milagro que despues de tantos sufrimientos llegásemos á la vista de Madrid, donde no bien se divulgó que venían milicianos y negros, acudió la gente en calesas, á caballo, y como en romería al puente de Toledo. Poco ántes de llegar engrosaron la escolta veinte inválidos de San Nicolás (a) *culones*, y por si álguien se escapaba nos ataron nuevamente: Manuel y yo íbamos juntos, Antonio y Queréjaro detras, hártos asombrados los cuatro de la gritería que armaron pidiendo nuestras cabezas, y de la furia con que nos asestaban pedradas. Algunas tocaron casualmente á gendarmes franceses, por cuyo motivo arremetieron en defensa propia, y sable en mano, contra la espesa muralla humana que en la puerta de Toledo imposibilitaba el paso, circunstancia que nos puso un tanto fuera de peligro durante el trayecto por la Ronda y la Cuesta de la Vega hasta llegar al cuartel de San Nicolas, de donde la compañía francesa número 28 nos trasladó á la Calle del Reloj. Acudieron allí presurosas nuestras familias, y

ántes que nadie el padre de Manuel, á la sazón Mayor de Plaza, ayudante del general frances Tissan; por su mediación alcanzamos en breve nuestra suspirada libertad.»

Este fiel relato muestra las rudas pruebas por que entraba en el sendero de la vida el jóven cajista. Dejaron aquellos sucesos en su mente tan honda huella, que no há mucho, al pasar por Aranjuez en camino de hierro, rodeado de su familia, le vi llorar al recordarlos; pero en almas que ni se apocan ni desmayan, los sufrimientos y desengaños enseñan á arrostrar con entereza las vicisitudes de la existencia, y tambien aleccionan á tomar por guía la fria razon menospreciando los azares que surgen del apasionamiento propio ó de extraños.

Libre ya de las penalidades que tanto lo mortificaron moral y físicamente, fué á trabajar en la imprenta Real, donde por casualidad se colocó al lado de un jóven llamado Nicolas Gonzalez, con quien años despues reanudó é intimó firme amistad hasta la muerte. No es posible hallar dos tipos más diferentes en la apariencia que estos dos amigos: el uno hielo, fuego el otro, el uno serio, taciturno, reservado, el otro alegre, expansivo, sociable. Pero estas diferencias suelen contribuir á estrechar vínculos entre los hombres, cuando se hermanan á sentimientos nobles é intenciones rectas, firme base sobre que descansa la verdadera amistad, patrimonio exclusivo de almas jóvenes y apasionadas. Cuando en 1844 Rivadeneyra se estableció en Madrid, solicitó la cooperación de Gonzalez. Trascorridos algunos dias, fulto éste de los recursos que su jornal le proporcionaba, dijo á su antiguo compañero: «No tengo ya nada; ¿me señalas algo?» á lo que Manuel contestó: «¿Hay dinero en caja? mientras lo haya toma el que quieras.» Don Nicolas sólo tomaba lo preciso para vivir modestamente, y aún ménos de lo que necesitaba en circunstancias apuradas, que no fueron pocas; pero tambien las primeras economías de Rivadeneyra se destinaron á asegurar el porvenir de tan leal amigo, á quien por testamento dejó una renta anual trasmisible á su mujer é hijos.

En la imprenta Real hizo poca parada Rivadeneyra; el instinto algun tanto aventurero que se notó en la infancia del aspirante á marino, tomaba cuerpo en los primeros años del ya mozo impresor. Vendió lo poco que tenía, y con el morral á cuestas se fué á París en invierno, sin parar mientes en lo futuro, circunstancia propia así del genio como de la ignorancia, que previsor el uno, y á ciegas la otra, suelen alcanzar fortuna y honores con muy distinto merecimiento.

Los que recorremos el mundo seguros de que donde haya comida la obtendremos por dinero, los que vamos de una á otra zona estrechando al paso manos amigas, y si algun peligro corremos lo afrontamos tranquilos, puesto que nosotros mismos lo buscamos, los que hacemos mérito de llevar á cabo expediciones remotas, y creemos haber adquirido de la sociedad conocimiento para aquilatarla, nada hacemos de extraordinario. Pero el que en tierra extraña camina á pié sin saber dónde recostará el exhausto cuerpo al cerrar la noche, el que se arrastra resistiendo la intemperie y todo linaje de sufrimientos en la espinosa marcha de la vida, el que ántes de gastar un cuarto piensa si ese cuarto no lo reclamarán atenciones más apremiantes, ése, nadie le negará, tiene el triple corazón de acero, patrimonio de los valientes, que no deja de ser compatible la grandeza de ánimo con la miseria y el hambre cuando pugna por romper tan pesados grillos. Pero la desdicha del pobre se extiende á más; porque despues de ir entre sus semejantes en busca de trabajo para hacer frente al indispensable sustento, llamar á una puerta desesperanzado porque halló otra cerrada, y presenciar el lujo y el despilfarro que contrastan con su mísero estado, cuando á la vuelta de tantas idas y venidas encuentra por fin quien le proporcione ganarse un pedazo de pan, es las más de las veces objeto de explotación, y tiene que sobrellevarla con la sonrisa en los labios.

Y, sin embargo, estos hombres por tantos modos vejados en su penosa vida, acaece que son mejores y más indulgentes que otros, porque estiman á sus semejantes, no por lo que debieran ser, sino por lo que realmente son, condoliéndose de nuestras malas pasiones, que las más veces, lejos de ser hijas de nuestro sér, nacen de las circunstancias que nos rodean. Recordando que un día, cediendo yo á impulso de inexperta juventud, dije: «Mi máxima es: piensa

mal y acertarás.» Con tono severo contestó mi padre: «desecha, hijo, esa idea falsa y poco caritativa»; prueba evidente de que es propio de naturalezas candidas que aprenden el mal sin haberlo conocido jamás, el extraviarse en sus juicios y desviarse del camino recto. También ocurre, que sin estar aleccionado el hombre por la experiencia, llegue la reflexión á negar el llamado libre albedrío, en cuyo caso la indulgencia hácia el prójimo tendría muy distinto origen.

Sea como fuere, la desgracia no hizo nunca mella en el buen corazón de Manuel. Testigo ocular me contó el caso de que al llegar aquél á las inmediaciones de París halló en el camino á un anciano que le pidió limosna, y extrañándose de que lo tuviese por más rico que él, le dijo: «¿En qué te fundas para creer que soy más rico que tú?—En que eres joven, y yo soy viejo.»

El joven sacó del bolsillo dos medias pesetas, y dijo: «Este es todo mi capital; parte conmigo.» Y el anciano, abrazándole, añadió: «Nunca serás desventurado.»

Al declinar su vida, que sólo entonces ancló en el puerto de la tranquilidad, todavía recordaba las palabras de aquel desconocido, que en verdad fueron proféticas.

Cuatro años pasó el joven impresor trabajando de cajista en Francia, Bélgica, Inglaterra, y Suiza, en cuyas peregrinaciones contrajo la pasión de viajar, que siguió dominándole hasta la muerte. Personas que en aquel tiempo le trataron, y á la vuelta de cincuenta años todavía siguen trabajando en el mismo oficio que entonces, me han dicho: «Él era el más activo, el más alegre; trabajaba doble que cualquiera otro, y á levantar letra nadie le ganaba, pero el domingo tenía para él cuarenta y ocho horas; todos lo querían, los compañeros por su carácter, sus principales por la capacidad.»

Tratóse en París de publicar un periódico clandestino contra el gobierno de Carlos X, y encomendada á él la mano de obra, se vió obligado á vivir meses en las tinieblas de un sótano alternando con personas de importancia. Presentado al eminente Don Javier de Búrgos, desempeñó por espacio de algun tiempo el cargo de secretario particular de tan eminente estadista. En Ginebra contrajo amistad con Sismondi y Sismondi, el famoso historiador de las *Repúblicas Italianas*. Corría Manuel con la composición de esta obra, visitaba diariamente al ilustre escritor, veneró por primera vez el saber, y concibiendo el deseo de instruirse, tomó un profesor de ciencias exactas, robando al sueño horas de estudio. Mas para estudiar se necesita tranquilidad, se necesita no tener que pensar en las pequeñeces de la vida, no tener que medir el valor de un libro, á más del valor del tiempo, y esto él no podía hacerlo desahogadamente.

Pasó sin embargo en Ginebra, dedicándose al estudio, dos años que contaba entre los mejores de su vida; allí, orillas del Lemán en que vivía, prueba entre otras de la delicadeza de sus gustos, descubrió nuevos horizontes, formó planes, y empezó á sentir la ambición, palenque de toda gloria, y motor más potente aún que la necesidad.

El año veintinueve volvió á Barcelona, trabajó en la imprenta de D. José Torner, que á la sazón publicaba un gran Diccionario geográfico universal, y en dicho establecimiento conoció á D. Antonio Bergnes de las Casas, venerable decano de nuestros filólogos, que ha sobrevivido á su amigo, y permanece rodeado de general respeto y consideración debida. Hé aquí lo que tan distinguido señor me escribía en cierta ocasión: «Habiendo intimado trato con él, creamos entre varios conocidos una imprenta, y pusimos al frente á su papá de V. En ella se hizo público y notorio su celo, su incansable laboriosidad y sus conocimientos especiales, de todo lo cual dan fe las muchas obras importantes que se imprimieron desde 1830 hasta principios de 1835, año del cólera, después del cual se dividió la Sociedad; y habiendo estallado la revolución con la quema de los conventos, fué nombrado su padre de V. capitán de una compañía de francos. Salió á campaña contra los carlistas, mas pronto renunció á cargo tan poco análogo á sus inclinaciones, y volvió á dedicarse con más gusto, si cabe, al ejercicio de su profesión.»

Antes de proseguir, consignaré que el carácter brioso de Rivadeneira, alentado por el triste recuerdo de vejaciones y ultrajes sufridos el año veintitres, cuando vino de Sevilla á Madrid, le impulsaron á tomar parte en la revolución de Barcelona, revolución no fraguada como tantas otras por la osadía y premeditación de los ménos, sino nacida á impulsos del odio al régimen absoluto que ahogaban la impiedad á la sazón de moda, y el clamoreo de ideas liberales de que hacían gala aún los hombres de mayor valía.

Hallé, no há mucho, en un legajo, manchadas por la acción del tiempo, dos cuartillas escritas á vuela pluma, en que mi padre, á raíz de aquellos acontecimientos, refería en forma de carta los sucesos de Barcelona del 25 de Julio de 1835, precisamente cuando imprimía el *Vapor*, periódico ministerial contrario al movimiento que en todos los ámbitos del principado se iniciaba, y el primero que se publicó en Cataluña después de muerto Fernando VII. A fuer de imparcial, copiaré algunos trozos de aquel escrito.

«El día de San Jaime fui á los toros acompañado de dos amigos con quienes solía pasar las tardes. Principió la corrida bajo malos auspicios, salían los toros, todos á cual peor, vociferaron contra los empresarios, contra la presidencia, y creciendo el clamoreo, hubo quien arrancó un banco y lo echó á la plaza, circunstancia que colmó el desorden, porque de todas partes llovieron sillas y bancos que los espectadores irritados arrojaban al redondel. Difícil era contener aquel exceso: lo iniciaba el pueblo, y quien podía atajarlo era el pueblo armado, que componía casi toda la fuerza que debía mantener el orden. En medio de la confusa gritería no se oía voz ninguna alarmante, y juzgué propicio aquel momento para ser núcleo de un sacudimiento político que tendiera á emanciparnos de autoridades que menoscababan nuestra ya limitada libertad. Salté á las gradas, y en unión de algunos jóvenes grité: «¡Viva el pueblo rey! ¡viva la libertad!» Léjos de hallar quien me secundara, quedé aislado, y cuantas veces traté de llamar la atención para dar colorido político á aquel alboroto, otras tantas me persuadí de que eran infructuosos mis esfuerzos.

«En el interin habían cortado la maroma de la contrabarrera para amarrar el último toro de la lidia, que llevaron á manera de trofeo hasta el hospital. Salí de la plaza en busca de mis compañeros, y al pasar junto á la casilla-despacho hallé un grupo que la estaba derribando sin cuidarse de las iras del Mayor de plaza ni del Gobernador, que ordenaron despejar el sitio con ayuda de un piquete de caballería del Infante, 4.º de línea. No bien se dispuso á obedecer la fuerza armada, cuando principió á correr la turba: púseme entonces enfrente del oficial que guiaba la tropa, y cogiéndole las riendas del caballo, dí vivas á la libertad y á la caballería, proclamando que ésta no debía hacer armas contra el pueblo soberano. Paró el oficial, y volvió el pueblo á recobrar su primer ánimo, en medio de la mayor confusión, que aproveché para decirle: «Basta de cebarse contra casas de madera; en Barcelona tenemos alcázares de piedra que nos han esclavizado luengos siglos y debemos derribar; ¿qué hacemos aquí? marchemos, yo el primero!» Electrizados con estas palabras, dijeron: «¡Vamos á ellos, póngase V. al frente!»

«No había que titubear, debía marchar, y así lo hice. A la carrera y en tropel fuimos hácia la puerta del Mar, por donde debíamos entrar en Barcelona. Temí que el Gobernador mandase cerrar la puerta; pero al llegar á ella con tal designio el Jefe de día, obligué al centinela á presentarle la bayoneta, diciendo: «Viene á atajarnos el paso con intento de que nos asesinen: ¡fuego si se atreve á pasar!» El centinela, que pertenecía á la Guardia Nacional, dió crédito á mis palabras é impidió el paso al Jefe de día. Seguidamente arengué mi bulliciosa comitiva, indicando que nuestro objeto debía ser uno mismo; que la propiedad particular debía respetarse, etc., y dando vivas á la libertad y al orden, seguimos la marcha.

«El primer convento donde nos detuvimos fué el de la Merced, situado en la calle del mismo nombre. Hallamos cerrada la puerta, y pareciéndonos aquel edificio de difícil acceso, proseguimos hasta San Francisco, donde se nos unió gente de todas clases. Tampoco allí era posible asaltar los muros sin ayuda de escaleras, y se recurrió al incendio.